



# SÉPTIMO RETO DE MICRORRELATOS

ONLINE

**“UN DÍA MALO”**

**UNIVERSIDAD POPULAR  
AULA DE LITERATURA  
MAYO 2022**



# ÍNDICE

ILUSIONES ROTAS	Joaquina Campón	4
JORGE SALAZAR VINUESA	María J. Llanos	5
PARA ELENA	Ángel Rodríguez	6
MALA SUERTE O BUEN AZAR	David Santiago	7
UN MAL DÍA	Cele Lázaro	8
MALA SUERTE	Belén Gómez	9
SIN TÍTULO	Ángela Sayago	10
UN DÍA SANGRIENTO	J.C. Santa	11
UN MAL DÍA	Isabel González	12
APRENDIZ	José A. García Feria	13
SIN REMORDIMIENTOS	Blanca Fajardo	14
AY SEÑOR, SEÑOR	Concha Ibáñez	15



## ILUSIONES ROTAS

Hoy hace un día radiante, el sol brilla por todo lo alto y, visto el panorama, Jacinto se anima y decide caminar por su ciudad.

Mientras se prepara planea lo que le gustaría hacer: «Primero iré a desayunar al mirador de la colina, desde allí contemplaré la ciudad en el silencio de la mañana. Seguido iré a darme unos baños a la playa. Luego tomaré unas sardinas y unas cervezas frías en la terraza de uno de los chiringuitos que hay a pie de mar. La comida la reservo en *La casa del señor Jenaro*; que tiene el mejor restaurante en la Plaza Mayor, y es un especialista en cordero al horno acompañado de sus famosas patatas panaderas. De entrantes, unos ibéricos de la tierra y todo regado con un buen vino de su cosecha. Y de postre, ¡ya veré!»

Se pone en camino y baja las escaleras de dos en dos, y hasta su olfato llega el aroma de los alimentos.

Al llegar abajo echa mano de la llave para abrir la puerta, busca y rebusca en los bolsillos pero la llave no aparece.

Sube al piso para ver si las ha dejado puestas en la cerradura de la puerta y ¡nada! Busca el móvil y tampoco lo lleva en el bolsillo.

Desesperado se sienta en la escalera y apoya las manos sobre su cabeza mientras lamenta su situación. La hora temprana no requiere llamar a ningún vecino.

Mientras espera que alguno aparezca se queda dormido. Pierde la noción del tiempo y le sorprende una voz que le llama.

— ¿Señor, se encuentra usted bien?

Se despierta sobresaltado y le pregunta.

— ¿Qué hora es?

— Son las tres de la tarde.

— Váyase a la mierda, ¡cómo van a ser las tres de la tarde!

— Lo que usted diga, pero es esa hora.

— ¿Quién le da velas en este entierro? ¡Siga con sus malditas cartas y déjeme en paz!

El cartero da media vuelta y se marcha.

Jacinto se levanta arrepentido y lo llama diciendo:

— Perdone, por favor, ¿puede llamar a un cerrajero?

**Joaquina Campón**

## JORGE SALAZAR VINUESA

Hoy pasaría deprisa por delante del portal. No tenía tiempo para pararse allí y quedarse extasiado contemplando las ventanas semi abiertas que, persianas a medio subir, dejaban entrever. No tenía tiempo para contar hasta tres y soltar un sentido y lastimero «¡ay!» como solía hacer cada vez que intuía la silueta de ella deambulando por el salón. Sin embargo, algo llamó su atención en aquella mirada de soslayo que se le escapó justo cuando sus ojos enfrentaban los barrotes del balcón. Detuvo su inusual velocidad y movió los labios para verbalizar lo que alcanzaba a leer en aquel cartel que ahora se ofrecía a los viandantes desde un impúdico color verde chillón: SE VENDE.

Intentó recuperarse de la sorpresa recolocándose el nudo de la corbata y sacudiéndose ligeramente aquellas motitas blancas que encanecían el azul impoluto de su traje de ejecutivo. No tardó un segundo en desenfundar su iPhone 12 pro Max, y con una pulsación certera de su dedo índice atrapar el contenido del cartel. Retomó sus prisas y abandonó la calle mascullando palabras sobre aquella sobrevenida contrariedad. Estaba prohibido llegar tarde a la reunión.

En el Consejo de Administración se trataban temas que a nadie dejaban indiferente. Por un lado, estaba esa fusión con Caja Norte que parecía que nunca iba a llegar, por otro, la temida regulación de empleo que esta operación conllevaría. Los sindicatos acechaban pisándoles los talones. Cualquier desliz sería denunciado y proclamado a los cuatro vientos y ahora, ellos, no estaban para soportar una publicidad negativa.

Jorge Salazar Vinuesa se jugaba el tipo en este empeño por formar el cuarto banco más poderoso del país. Todos habían depositado su confianza en él, no en vano se había forjado un interesante perfil de hombre de negocios exitoso al que se rifaban importantes compañías financieras. Él, con sus 40 años recién cumplidos, se dejaba querer. Soportaba con admirable estoicismo las hipócritas adulaciones de los que querían medrar a su sombra, y aprovechaba cualquier resquicio en la debilidad de su contrario para escalar puestos de mayor altura. De hecho, ya casi había llegado a la cumbre. El éxito estaba allí esperándole. Unos cuantos metros más y podría cantar victoria. Sin embargo, la foto fija del cartel verde chillón que se había quedado alojada en su mente, le estaba jugando una mala pasada. Paró en seco sus pasos. Una fuerte opresión en el pecho le hizo apoyarse en la pared y aflojar el nudo de su corbata. No estaba siendo su mejor día. Intuía que la mala suerte se cebaría hoy con él, así que, animado por un repentino deseo de huir, desanduvo el camino a toda velocidad mientras se despojaba de aquel encorsetamiento que le ahogaba: la chaqueta, la corbata, el iPhone, la cartera repleta de papeles con succulenta información... Todo fue quedando atrás. Al llegar a la altura del balcón donde se mostraba el cartel de SE VENDE, se sentó en el suelo y se quedó allí mirando extasiado el leve movimiento de cortinas que dejaban entrever la silueta de ella deambulando por el salón.

**María J. Llanos**

## PARA ELENA

Elena de la Hoz Martillo  
Calle General Franco, 36  
Barrio de la República Española  
Ínsula Barataria. IBERIA.

Querida Elena:

Después de leer tu Whatsapp intenté llamarte. Juro que lo intenté. Marcaba los números como un autómata para después quedar paralizado ante el círculo verde. Una extraña sensación de estar al borde de un precipicio me invadía, y que ese botón de llamada fuera el último paso para la caída. Más tarde pensé en responderte también por Whatsapp, al fin y al cabo, tú utilizaste ese método para decírmelo. Con pocas palabras, eso sí.

¡Todo parecía ir tan bien!

Raúl me preguntó el otro día por ti, por tu viaje al norte y también si mi relación contigo seguía placentera. No sospeché nada. Le conté, perdona, la excelente sincronización sexual, las conversaciones sobre cualquier cosa o la coincidencia en aficiones artísticas. Hace dos horas que he regresado de su casa. Estoy más calmado y dispuesto a contártelo todo con este método epistolar. Te ruego que sea el fuego quien consuma mis palabras. Te lo ruego. Ha sido un accidente. Intenté razonar con él. Yo esgrimía razones, apelaba a nuestra amistad, a mi dependencia económica, en fin, al futuro ennegrecido y desastroso que me esperaba. No fue posible. Estábamos en la cocina, el jamón, el cuchillo del jamón, su tropiezo y la mala fortuna. Justo en el corazón. En el suelo vi su espalda y, al lado del omoplato, la punta del cuchillo sobresaliendo dos dedos. Curiosamente sin sangre ¡Que conste! ¡Ha sido un accidente!

Querida Elena, lo nuestro fue maravilloso. Y pudo seguir siendo así. Lástima, he perdido un amigo, por accidente, y a ti. Adoraba esos momentos en que sacabas tu tarjeta y la acercabas a la máquina de pago, o encontraba en la mañana unos billetes verdes encima de la mesilla. Ya no estabas entre las sábanas, pero tu aroma las impregnaba, incluso los billetes exhalaban ese perfume. Era maravilloso. Siento todo esto. De veras.

En el piso de Raúl encontré una caja de cartón con fajos de billetes usados. De cincuenta, cien y veinte. No sé cuánto habrá. Te envío por mensajería todos los que no me entran en la maleta.

Te quiere y besa tus labios,  
Roberto.

**Ángel Rodríguez García**

## **MALA SUERTE O BUEN AZAR**

Aquel día Eduardo había ido de avatar en avatar. Uno tras otro. Sin parar, dura y contundentemente. Primero, la escalera de los pintores de la calle Gómez Becerra. Después el gato negro. Una tapa de alcantarilla mal cerrada con descenso a los infiernos y remojón pero bajada un poco más afortunada. Un patinazo con costillar al suelo incluido por culpa de una abandonada caca irresponsable. Por poco una rama de Cánovas le hace otro peinado accidental con peinado de pelo. Una cornisa desprendiéndose. Y la casi caída encima de un andamio por la calle de los Cines.

¿El día podía ir peor? ¿O cómo a mejor, acaso?...

Una moneda de un céntimo caída de un displicente bolsillo se junta con sus manos entre las adoquinadas esquinas de la Calle Pintores.

Una maceta que está a punto de caer de las estrellas de una casa encima de la Administración de Lotería cambia su trayectoria. La moneda, de manos de Eduardo, cambia a las manos de un mendigo junto a Helados Remo. Pero el buen destino sigue su curso en el orden único y universal de las cosas. Dos benefactoras monjas se juntan en su camino mientras la Cuesta de Carvajal le conduce a la casa de un amigo en la parte antigua.

**David Santiago**



## **UN MAL DÍA**

Ayer no llegué a tiempo a la cita. Ni atendí a tu llamada.

No jugué con el perro. Ni nadé en la piscina.

Y, cuando llegó la noche, no abrí la puerta al vecino.

No salí al balcón para ver las estrellas, ni me asomé a la ventana para oler el jazmín.

Me fui a la cocina, abrí el frigorífico y me comí toda la tarrina de helado.

Mis sueños han sido dulces.

Hoy, luce de nuevo el sol.

**Cele Lázaro**

## **MALA SUERTE**

Mira que te lo digo siempre, Roberto, que yo tengo muy mala suerte. Y tú que no, que soy un *pesao*, que me encanta quejarme, que por eso solo te tengo a ti de amigo y que un amigo -aunque sea solo uno- es un tesoro.

Terminaste Informática y enseguida encontraste trabajo. No te cansas de decirme que hubiera estudiado más, que para cuando quise acabar, ya no había nada bueno. Y te permites el lujo de soltar eso de que tengo una flor en el culo, que llevo toda la vida trabajando de interino sin haber aprobado un puto examen.

Y hasta te tengo que aguantar lo de Matilde. No estábamos enamorados ninguno de los dos, pero me dijiste que a la edad que tenía no podía dejar pasar ese tren. Te hice caso y así nos ha ido.

Hoy, sí, hoy te has quedado callado. Cuando te he dicho que me han despedido por los recortes y que Matilde dice que este matrimonio es un chiste y que se larga de casa, no has dicho ni una palabra. Has cogido la cerveza que me había preparado y te la has bebido de un trago. Con la que tuve que liar para comprar el veneno y echarlo en la dosis justa para acabar de una vez sin sufrir.

Me acabo de quedar sin el único amigo que tenía, mira si tengo mala suerte.

**Belén Gómez**

Zigor se había levantado con el pie izquierdo, aunque siempre lo tenía todo controlado, tanto, que no invitaba a nadie a su casa para que no le cambiaran las cosas de sitio ni arrugaran su precioso sofá donde nunca se sentaba. A veces acercaba la nariz a la tapicería azul, aterciopelada casi como la película de Lynch y le agradaba percibir todavía el olor a nuevo. Ni siquiera habría quitado el plástico de no ser por aquellos señores que lo subieron a su 4º piso rajando el envoltorio brillante que lo cubría y, un desgarró en el reposabrazos, le parecía completamente antiestético. El cabecero de su cama también era de terciopelo azul, azul medianoche, el color favorito de Brian, de los *Backstreet Boys* y le producía mucha tranquilidad. ¿Por qué apoyó entonces su pie izquierdo en la alfombra de lana? Entonces se percató, allí estaba sobre la mesilla, sin posavasos, el vasito de leche con miel que se tomó por la noche. La visión del cristal sobre su preciada caoba le había desconcentrado del ritual mañanero que comenzaba por apoyar el pie derecho, el izquierdo, apagar y encender siete veces la luz del baño para ahuyentar a los *djin* que viven en las tuberías y con el error de obviar el posavasos debido al sopor del *lexatin* nocturno, así le fue su jornada: se le acabó la bombona de gas mientras se duchaba, salió con los calcetines de distinto color y aunque apenas se apreciaba la diferencia de tono, bastaba con que él lo supiera para que no dejara de pensar que todo el mundo le miraba los pies. En la oficina, tras pasar una hora contestando llamadas informando sobre las óperas que había aquella semana en el Teatro, percibió algo que se movía justo detrás de su ordenador. Al girar la pantalla varios centímetros sin tocar sus materiales de oficina colocados siguiendo un ritual ancestral de *Feng shui*, allí estaba, un morgañote casi del tamaño de una perrunilla. Emitió tal aullido que sobresaltó a toda la planta; fue el grito más sonoro de su existencia, provocando un infarto a la señora que tenía al teléfono, por quien no se pudo hacer nada y se perdería el estreno de Tosca el viernes a las siete, y la cena con sus compañeras del club de los collares de perlas de Mallorca. Incluso personándose en casa de la finada y encargándose de repartir pastas y café con sus guantes de látex y su bata especial para lugares no familiares, no hubo forma de conservar su trabajo. Su fobia extrema a las arañas tuvo la culpa o, él mismo, por no tratar de amenizar sus jueves en un grupo de terapia. Así, con toda la tarde por delante, el catálogo de la temporada y sus enseres colocados con minuciosidad en una caja de paquetes de folios vacía, caminó perturbado por el borde del muelle, pisando únicamente las baldosas de color gris oscuro, aún con la bata puesta y una bolsita de caramelos de anís en el bolsillo. Todo se había descontrolado por el posavasos y no sabía dónde iba a colocar esas cosas que se llevaba del trabajo, su casa ya lucía perfecta sin meter nada más dentro. Entonces sintió una luz blanquecina e intermitente acudir a sus pupilas y, en un traspié, cayó en un pequeño charco embarrado que tenía restos de gasoil. Cuando volvió a la realidad, ya no pudo evitar dejar salir al ser mitológico que llevaba dentro y arrojó con ira la caja al mar, se arrancó la bata bruscamente, haciendo saltar los botones y los caramelos de anís se desperdigaron por el suelo; con la ropa puesta se lanzó al agua y nadó mar adentro hasta que, exhausto, no vio más la orilla. Flotando boca arriba, deseó ser el Principito con su rosa y su zorro, aunque luego cambió de idea al ver un barco que se acercaba lanzándole un salvavidas. *¡Quiero ser marinero!* —les dijo a quienes le subieron a bordo. La capitana del pesquero dejó por un momento el timón y bajó a ver qué quería el botarate que habían rescatado. *Te tendrías que tatuar una cara alrededor del ombligo, como Jules, el de L'Atalante* —comentó Sigrid arqueando una ceja. Desde entonces, Zigor colecciona postales de las ciudades que visitan y nunca se levanta con el pie derecho.

Ángela Sayago

## **UN DÍA SANGRIENTO**

Si hay algo que me relaja es sentarme frente a una hoja en blanco y, bolígrafo en mano, escribir un relato sobre aquello que ha pasado a mi alrededor.

El día de hoy no se podría calificar de relajado. De los diez encargos de ejecución que tenía para esta mañana, dos se me han resistido más de lo debido. Todavía eran jóvenes y se les notaba ese apego por la vida, una vida que a la que deseaban sacarle mucho partido y que no esperaban ver truncada de esa manera.

La mirada de pavor y de súplica del que ve llegar su último aliento, el olor de la sangre derramada, el cuidado con el que se debe actuar para no verte en una situación comprometida. Todo ello genera mucha tensión. Y el día de hoy ha sido tenso, muy tenso. Necesito aliviar esta presión y por eso escribo, aunque cada día me resulta más insoportable verme rodeado de tanto dolor, de tanta muerte.

Llevo muchos años en este oficio y, por suerte, nunca he sufrido ningún contratiempo. Otros no pueden decir lo mismo. Quizá tuvieron encargos más complicados o, quién sabe, no supieron liquidarlos como debían. No obstante no es un oficio sencillo. Ya no soporto que la sangre me salpique ni soporto su olor, ni el de la muerte. Debo poner fin a esta espiral. Presentaré mi dimisión al director del matadero municipal.

**J. C. Santa**

## UN MAL DÍA

Frente al vacío que se abría ante sus pies, al borde mismo del acantilado, Juan recordó aquella tarde remota, en la que pertrechado con unas alas de papel, se encaramó a una enorme roca de su pueblo, dispuesto a emular a los pájaros. Tenía cinco años.

Sus recuerdos volvieron al presente. Esa mañana se había levantado feliz; tenía una familia estupenda, un trabajo que le gustaba y una salud de hierro. ¿Qué más podía pedirle a la vida?

Cuando llegó a la oficina notó un ambiente enrarecido. “*El jefe quiere verte*” le dijo su colega. No imaginó que ese iba a ser su último día en la empresa a la que había dedicado veinte años de su vida. “*Su perfil profesional ha quedado obsoleto y ya no le necesitamos aquí*” fue la explicación que le dio el jefe de personal. Juan recogió sus cosas y regresó a casa a media mañana. Iba cavilando cómo explicárselo a su mujer y llegó hasta la puerta del dormitorio casi sin darse cuenta. Lo que vio a través de la abertura lo dejó estupefacto: contempló, como si de una película se tratara, como se hacían realidad sus más íntimas fantasías; solo que no era él el protagonista. Su mujer las practicaba con uno de sus mejores amigos. Ni siquiera se percataron de su presencia.

Juan salió sigilosamente de la casa. Deambulaba por la calle como un autómatas. Sentía como si una sustancia gelatinosa se adhiriera a cada uno de sus músculos. Solo su corazón resistía, con toda su capacidad de sufrimiento intacta.

Entonces notó que su móvil vibraba en el bolsillo de la americana. Era un mensaje de su hija. Su corazón palpitó lleno de esperanza. La niña de sus ojos, su pequeña; por ella remontaría la corriente que lo arrastraba al abismo.

*“Papá, dejo la carrera. He visto claro mi camino. Me gusta la biología, pero creo que no se aprende en los libros, sino en las experiencias vividas. Así que me voy con mi novio a Australia; recorreremos el país e iremos buscando trabajo para sobrevivir. No te preocupes por mí, estaré bien. Esto me hace feliz. Adiós, papá”.*

En ese momento, Juan también vio claro su camino. Regresó a su coche y condujo durante varias horas hasta el pueblo de su infancia. Y aquí estaba, al borde mismo del acantilado. Dio un paso en el vacío; sintió el viento en la cara; el vértigo en el estómago...

El parapente se desplegó. La vida merecía la pena aunque solo fuera por esta sensación de plena libertad. Soltó un grito de júbilo tan potente que asustó a las águilas que compartían ese espacio infinito.

**Isabel González**

## APRENDIZ

La luz del flexo enfocaba la pantalla esperanzada del ordenador. Con ese haz luminoso se esperaba, al igual que con los detenidos en una comisaría, que el procesador de textos cantase, lo más fiel posible, toda la verdad y nada más que la verdad de lo que el autor llevaba dentro.

Consagrados escritores habían manifestado que en el proceso de su rutina se limitaban, algunas veces, a escuchar las voces de sus personajes, les iban dictando y ellos solo pasaban a limpio. Semejante chollo el escritor novel no lo había conseguido aún, aparte de que le costaba creérselo, lo intentaba, pero una doble barrera de espesa cera taponaba sus oídos para semejante logro. Así que, para avanzar en la tarea, lo haría con su conocimiento, no mucho; imaginación, la justa, y copiando de otros:

«Ateridos por el frío de otoño y la humedad de los canales holandeses el ejército de Flandes se disponía a una rápida matanza, ordenado por su maestro de campo, matar mucho y bien para aterrar a los defensores herejes en los primeros pasos. Todos estaban sumergidos en aquella agua helada hasta la cintura y las insignias del regimiento tremolaban hechas jirones por las balas del fuego enemigo. El valiente soldado castellano, Alonso Hernando, vislumbraba la orilla cercana, sabía que la conseguirían, sus penas les había costado pero de allí saldrían, luego sería otro cantar, pero de allí saldrían.»

De pronto, desde la negrura circundante al escritorio se oye una voz:

— ¡Oye, Pepe!, ¿tú de qué coño vas? Me tienes desde que salí de Castilla en unos enfrentamientos tediosos, esto ya es un tira y afloja, no hay grandes botines y nos pagan poco y tarde, llevo dos días sin comer, lleno de piojos y de miseria. No me has dado ni un solo momento de solaz retozo con esa mesonera que sabes que le hago tilín. Y tú jugando con las teclitas como si escribieras el *Capitán Alatriste*, cuando no eres más que un arribista y un advenedizo. ¡Ya está bien, cojones!

— ¿Te has quedado a gusto, Alonso? Mira a ver esto:

«Sí, todos saldrían de aquel lodazal, pero a veces el destino usa cartas marcadas y no era el día de Alonso Hernando, los mosquetones enfrente no cesaban sus disparos y una bala perdida penetró entre ceja y ceja cruzando sus pensamientos. Flotaba como un guiñapo sobre las aguas y su sangre se mezclaba con ellas, sostenido por la mano amiga de un aragonés que impedía su hundimiento e intentaba arrastrarlo a la orilla próxima, buscando la tierra que lo acogiera eternamente».

Por fin había escuchado la voz, por primera vez. El aprendiz inexorable apagó la luz y el espacio se fundió en un lúgubre habitáculo, oscuridad de donde saldrían voces, las escucharía, pero tenía claro que las condiciones las pondría él.

**José A. García Feria**

## SIN REMORDIMIENTOS

Su cabeza iba a más revoluciones de lo recomendable y su corazón latía a una velocidad que la sobrecogía. Sentía una enorme opresión en el pecho, como si unas ingentes manos la oprimieran fuerte e intensamente, impidiéndole la respiración. Notaba un latido en las sienes y un tirón muy doloroso y desagradable en la parte posterior del cuello. Simultáneamente, unas náuseas le hacían ir cada cierto tiempo al baño pero, como no había ingerido ningún alimento, únicamente expulsaba bilis precedidas de agudas arcadas. A su hija, de cuatro años, no podía dejarla sola ni un instante porque con sus celos desorbitados tras el nacimiento de su hermana y ser destronada de su puesto, mordía y pellizcaba continuamente a aquella, de tan solo cuatro meses, que no paraba de llorar porque tenía COVID que ella misma había padecido la semana anterior y la había contagiado. Tenía febrícula y estaba muy empachosa. Su marido se encontraba sin fuerzas para levantarse de la cama y poder ayudarla, porque, al igual que a su hija, le había contagiado el COVID, ardía de fiebre y presentaba, fruto de la misma, un estado de semiinconsciencia.

En el trabajo estaba pasando por una situación comprometida y el director le había llamado la atención porque, debido a sus problemas domésticos, estaba distraída, no rendía y solía llegar tarde prácticamente a todas las reuniones que se celebraban a primera hora de la mañana. *¡A él querría verle yo en mi situación!* —se decía interiormente— *A ver qué haría y cómo se organizaría si tuviera que levantarse al alba, despertar a dos niñas, lavarlas, vestirlas, darles el desayuno, llevar a una al colegio y a la otra a la guardería, prepararles el piscolabis de media mañana y, a la pequeña, su puré de mediodía. Hacer la compra, organizar su comida y la de su marido, cuidarle el poquísimos tiempo de que disponía, recoger la cocina, llevarlas al parque, bañarlas, acostarlas, volver a recoger todo, dormir con interrupciones durante la noche... ¡y vuelta a empezar al día siguiente!* ¡Ah!, y llegar puntualmente al trabajo, a ser posible bien vestida, acicalada y perfumada y rendir al 100%. Pero ¿qué soy yo? —se preguntaba— ¿alguien dotado con aptitudes sobrehumanas? ¡Ya no podía más y percibía con gran desazón que había llegado al límite de sus fuerzas!

Llamó a su suegra, le explicó la situación familiar e inventó una llamada muy urgente de su empresa a la que no podía faltar, so pena de perder su trabajo. Además, se veía obligada a permanecer algunos días fuera de la ciudad. Eligió la ropa que más la favorecía y con la que se sentía más atractiva, se maquilló con un maquillaje muy natural que apenas se apreciaba, pero que tapaba cualquier imperfección por pequeña que fuese. Y seguidamente llamó a “ese teléfono” que la había sacado de apuros en otras tantas ocasiones y, durante tres días y sus respectivas noches y muy bien acompañada, hizo turismo intensivo en la espaciosa y monumental ciudad en la que residía.

**Blanca Fajardo**

## AY SEÑOR, SEÑOR

Pedro está durmiendo a pierna suelta. Normalmente se acuesta tarde, pero hoy son solo las diez y media. Una sonrisa beatífica le surca su cara. Qué tranquilidad parece reflejar su rostro, pero tendríamos que rebobinar unas horas.

Abre los ojos y mira al techo de su habitación donde llega un rayo de sol. ¿Sol? Imposible, en su habitación no entra el sol hasta pasadas las diez de la mañana y hoy tenía que estar en el trabajo antes de las ocho. De un salto se incorpora. Sí. No va tarde. Sencillamente va tardísimo.

Se mete en la ducha, pero no recibe ese chorro agradable de agua caliente. ¡Cielos! Ayer se acabó la bombona y no la cambió. Se ducha presuroso con agua fría y se pone su única camisa limpia. Ni pensar en el desayuno. No tiene nada comestible y además también se le ha acabado el café.

En el bar de abajo le conocen bien. Suelen ser los del primer café y la última copita del día. Pide café con churros. Churros no hay. Bueno, pues un café con leche. Que está tan caliente que casi se escalda por dentro. Y sin saber cómo, le empujan y el café se cae sobre su única camisa limpia... oh, oh!

Sale corriendo calle abajo, y cuando llega a la parada del bus, está saliendo el último autobús que le deja cerca de su trabajo. No quería pensar en el metro, pues tiene claustrofobia, pero no tiene alternativa. Se monta en un vagón abarrotado. Un hombre le está clavando el codo en sus costillas y de pronto se va la luz y el tren se para.

Boquea para coger aire, no puede casi respirar. Está a punto del desmayo cuando todo vuelve a funcionar de nuevo.

Por fin llegan a la estación. Aún le quedan quince minutos cuesta arriba, pero no queda otra. De dos zancadas recorre el andén y sube corriendo a través de las escaleras mecánicas y de la gente que le mira con lástima.

Sale a la calle y sin saber cómo pisa una mierda de perro. No se detiene, no puede llegar más tarde aún.

Por fin llega a su lugar de trabajo. Su oficina está en la planta trece, hay dos ascensores en el vestíbulo. Uno con cola, el otro estropeado. Sube corriendo, a punto del infarto llega hasta arriba. Ficha y busca su mesa y se parapeta en su puesto queriendo pasar desapercibido. Imposible. Un olor asqueroso le rodea.

Su compañera le dice que el jefe le está esperando, y entra sudado, manchado, oliendo a mierda de perro y a punto del colapso. Piensa que le van a echar el rapapolvo de su vida y se decide a morir peleando.

“Sr. Hurtado, tiene que presentarnos su proyecto. Estamos esperando”. Bebe un poco de agua y comienza a hablar, a pasar diapositivas y a mostrar su trabajo. A pesar de ese mal día que lleva, se olvida de todo y no puede ser más feliz que hablando de lo que le apasiona.

Sale del despacho y solo le queda esperar. “*Sr. Hurtado, el proyecto seleccionado es el suyo*”. Pedro piensa que no se puede ser más feliz.

**Concha Ibáñez Montero**